



**Juan José Millás** nació en Valencia en 1946 pero ha vivido en Madrid la mayor parte de su vida. Es uno de los escritores más prestigiosos de la narrativa española contemporánea. En 1975, publica su primera novela *Cerberos son las sombras*, galardonada con el Premio Sésamo. Entre sus numerosos éxitos figuran *La soledad era esto* (Premio Nadal 1990), *El desorden de tu nombre*, *Letra muerta*, *El orden alfabético*, *No mires debajo de la cama*, *Dos mujeres en Praga* (Premio Primavera de Novela 2002), *Laura y Julio* y *El mundo* (Premio Planeta 2007). Sus libros han sido traducidos a quince idiomas, y existen numerosas tesis doctorales sobre la obra de Juan José Millás. Es colaborador habitual de *El País*. Ha recibido los doctorados *Honoris causa* por la Universidad de Turín en 2006 y por la Universidad de Oviedo en 2007.

[www.juanjose-millas.com](http://www.juanjose-millas.com)



# **El desorden de tu nombre**

**JUAN JOSÉ MILLÁS**



Título: El desorden de tu nombre

© 1988, Juan José Millás

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

*Juan Bravo*, 38. 28006 Madrid (España) [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2202-7

Impreso en China – Printed in China

Fotografía de cubierta: © Juan Millás

Diseño de cubierta: Ordax



DuraBook™ es una marca registrada de Melcher Media, Inc.,  
nº de patente 6,773,034 124 West 13th Street, New York, NY 10011, [www.melcher.com](http://www.melcher.com)

El formato DuraBook™ utiliza una tecnología revolucionaria  
que lo hace completamente impermeable y de larga duración.

Todos los derechos reservados. Esta publicación  
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
ni registrada en o transmitida por, un sistema de  
recuperación de información, en ninguna forma  
ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,  
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,  
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito  
de la editorial.

*A Isabel Menéndez*



## Uno

Eran las cinco de la tarde de un martes de finales de abril. Julio Orgaz había salido de la consulta de su psicoanalista diez minutos antes; había atravesado Príncipe de Vergara y ahora entraba en el parque de Berlín intentando negar con los movimientos del cuerpo la ansiedad que delataba su mirada.

El viernes anterior no había conseguido ver a Laura en el parque, y ello le había producido una aguda sensación de desamparo que se prolongó a lo largo del húmedo y reflexivo fin de semana que inmediatamente después se le había venido encima. La magnitud del desamparo le había llevado a imaginar el infierno en que podría convertirse su vida si esta ausencia llegara a prolongarse. Advirtió entonces que durante la última época su existencia había girado en torno a un eje que atravesaba la semana y cuyos puntos de apoyo eran los martes y viernes.

El domingo había sonreído ante el café con leche cuando el término amor atravesó su desorganizado pensamiento, estallando en un punto cercano a la congoja.

Cómo había crecido ese sentimiento y a expensas de qué zonas de su personalidad, eran cuestiones que Julio había procurado no abordar, pese a su antiguo hábito—reforzado en los últimos tiempos por el psicoanálisis—

de analizar todos aquellos movimientos que parecían actuar al margen de su voluntad. Recordó, sin embargo, la primera vez que había visto a Laura, hacía ahora unos tres meses. Fue un martes, blanqueado por el sol de media tarde, del pasado mes de febrero. Como todos los martes y viernes desde hacía un par de meses, se había despedido del doctor Rodó a las cinco menos diez. Cuando ya se dirigía a su despacho, le invadió una sensación de plenitud corporal, de fuerza, que le había hecho valorar de súbito la tonalidad de la tarde. Olía un poco a primavera. Entonces decidió desechar la ruta habitual y atravesar el parque de Berlín, dando un pequeño rodeo, para gozar de aquella misma sensación de bienestar que la situación atmosférica parecía compartir con él.

El parque estaba discretamente poblado por amas de casa que habían llevado a sus hijos a tomar el sol. Julio se fijó en Laura enseguida. Estaba sentada en un banco, entre dos señoras, con las que parecía conversar. Su rostro, y el resto de su anatomía en general, eran vulgares, pero debieron remitirle a algo antiguo, y desde luego oscuro, en lo que sintió que debía haber estado implicado. Tendría unos treinta y cinco años y llevaba una melena vetuada que se rizaba en las puntas, intentando quebrar una disposición de los cabellos que evocaba en Julio alguna forma de sumisión; las ondulaciones, más que quebrar esa disposición, la acentuaban. Sus ojos, con ser normales, tenían cierta capacidad de penetración, y cuando se combinaban con los labios, en una especie de sincronía cómplice y algo malévola, lograban seducir imperceptiblemente. El resto de su cuerpo era una línea ligeramente ensanchada en las caderas, que —sin llegar a resultar desgarbada— carecía de la apariencia de efebo que tal clase de cuerpo

suele evocar, especialmente si pertenece a una mujer madura.

Julio se sentó en un banco cercano, desplegó el periódico y se dedicó a observarla. A medida que pasaba el tiempo aumentaba su desazón, porque penetraba en él con más fuerza el sentimiento de que algo de lo que poseía esa mujer era suyo también, o lo había sido en una época remota; lo cierto es que su modo de mirar y de sonreír, pero también de mover el cuerpo o de relacionarse con sus partes alteraron la situación sentimental de quien desde ese día, cada martes y viernes a las cinco de la tarde, entraría en el parque con el único objeto de contemplar a aquella mujer.

Por fin, una tarde en la que ella estaba sola, Julio se sentó a su lado simulando iniciar la lectura del periódico. Al poco sacó un paquete de tabaco y extrajo de él un cigarro; luego, cuando la cajetilla viajaba ya en dirección al bolsillo, y con un gesto cargado de indecisión, le ofreció a ella, que no dudó en aceptar y que contribuyó además a la ceremonia aportando el fuego. Julio respiró hondo e inició una conversación casual, repleta de lugares comunes, a la que la mujer se plegó sin dificultad. Curiosamente, daba la impresión de que ambos se empeñaban en resultar especialmente banales, como si lo primordial fuera hablar, con independencia de lo que se dijera.

Julio sintió en seguida que sus nervios se aflojaban, pues la conversación le proporcionaba una suerte de paz, a la que instintivamente habían tendido sus intereses desde que viera por primera vez a la mujer. Tenía la impresión de que sus palabras y las de ella se anudaban, segregando una especie de sustancia viva que, dispuesta en hilos y organizada como una red, unía aquella parte que era común a los dos.

Más tarde, en la soledad agobiante de moqueta y papel pintado de su apartamento, había pensado en todo ello sin creérselo demasiado, aunque notablemente complacido, pues se trataba a fin de cuentas de una sensación estimulante que daba gusto sentir, si no se llegaba a depender de ella. Fantaseó unos minutos con esta última posibilidad, pero se la sacudió en seguida con una sonrisa entre irónica y desencantada.

Los siguientes encuentros no habían sido sino reproducciones más o menos exactas de este primero, con la excepción de aquellos martes o viernes en los que había tenido que compartir a Laura con las dos o tres amigas con las que solía conversar. Aunque sería exagerado decir que ello le molestara. Por el contrario, habían llegado a formar un grupo bastante coherente, en el que Julio se sentía tratado con gran consideración.

Por otra parte, la relación entre él y Laura progresaba de manera secreta, sin necesidad de encontrarse a solas, pues se trataba de una unión clandestina y ajena en cierta medida a sus voluntades.

Julio notaba ese progreso, pero no se sentía amenazado por él. Pensaba que la relación con Laura era una experiencia interna, una aventura intelectual con un soporte externo —el parque, ella, él mismo— del que se podría prescindir en un momento dado sin dañar la idea generada por él. Se sentía seguro allí cada martes y viernes comentando con Laura y sus amigas diferentes sucesos domésticos, cuya gravedad se calibraba con una unidad de medida inventada por él y denominada caseromagnitud. Así, el derramamiento de un café con leche en el sofá del salón equivalía a dos caseromagnitudes, mientras que los catarros de los niños, si llegaban a producir fiebre, eran

diez caseromagnitudes. Las riñas con el marido medían entre quince y treinta caseromagnitudes, según su intensidad. De vez en cuando se daba un premio simbólico a aquella ama de casa que hubiera acumulado mayor número de caseromagnitudes que las otras en el transcurso de la semana.

Esta capacidad para reírse de sí mismas, junto a la crueldad verbal con que solían referirse a sus maridos, fascinaba a Julio, cuya solidaridad con ellas era —además de un sentimiento— una táctica que le permitía permanecer junto a Laura con el apoyo más o menos explícito de sus amigas de parque.

Mientras tanto, los niños jugaban algo alejados del grupo adulto, al que no solían acercarse más que para plantear alguna cuestión relacionada con la propiedad de un objeto o con una agresión, que las madres resolvían con sorprendente rapidez e injusticia. Laura tenía una hija de cuatro años, Inés, que a veces se acercaba a Julio y clavaba en él una mirada inquietante, con la que se convertía en involuntaria partícipe del movimiento clandestino, y no expresado, que unía a éste con su madre.

La relación secreta, pues, había ido creciendo, sin que Julio llegara a advertir sus verdaderas dimensiones, hasta el último fin de semana, cuyo tránsito al lunes no había estado protegido por el habitual encuentro de los viernes.

De ahí que este martes de finales de abril penetrara en el parque lleno de expectativas y temores, después de tres días de inquietud, incertidumbre y desasosiego que habían añadido a la búsqueda un ingrediente pasional, perfectamente combinado con unas condiciones atmosféricas muy aptas para la recuperación de sabores antiguos, tales como el amor o la desdicha.

Vio a Laura en la zona habitual, junto al único sauce del pequeño y despoblado parque. Respiró hondo y ensayó varios gestos de indiferencia en lo que se acercaba. Inés le miró desde lejos, pero volvió la cabeza antes de que Julio pudiera realizar un gesto de ficción, de afecto.

—Hola, Laura —dijo sentándose a su lado.

—Hola. ¿Traes el periódico?

—Sí.

—Quiero ver una cosa.

Julio le pasó el periódico y ella, dejando a un lado la labor, empezó a mirar entre sus páginas como si buscara algo muy concreto. Julio, entre tanto, se tranquilizó; la sensación de amor o de necesidad se rebajaba notablemente frente a la presencia de la mujer.

Estaban aislados y la tarde era hasta tal punto hermosa que no era difícil llegar a pensar que la soledad de los meses anteriores había sido un accidente, una casualidad prolongada, que, como las demás cosas de la vida, estaba a punto de alcanzar su fin.

—¿Qué pasó el viernes? —preguntó.

—La niña no estaba bien; un catarro primaveral seguramente.

—Yo también estoy un poco acatarrado estos días. ¿Tuvo fiebre?

—Sí, unas décimas.

—Eso son diez caseromagnitudes. ¿Y tus amigas?

—Han ido al cine con los niños.

—¿Y tú?

—Yo no.

Sonrieron brevemente.

—¿Qué buscas en el periódico? —preguntó Julio después de un intervalo.

—Nada, una cosa de televisión.

—Inés está muy bien, muy guapa —añadió Julio observando a la niña, que permanecía alejada de ellos.

—Sí —sonrió Laura agradecida.

Julio continuó mirando a Inés unos instantes, aparentemente interesado en sus juegos; entre tanto, pensaba que al mínimo suceso verbal acaecido entre Laura y él difícilmente podría aplicársele el calificativo de conversación. El intercambio, si se daba, no se producía a la altura de la boca, ni siquiera a la de los ojos, aunque éstos contribuyeran a él de forma decisiva; el intercambio, la conversación, era un acontecimiento difuso, ilocalizable y desde luego ajeno a la voluntad de sus interlocutores. Pero sus resultados eran para Julio palpables y consistían sobre todo en el crecimiento desorganizado de un deseo que se focalizaba en Laura, de un movimiento pasional desconocido u olvidado en las regiones de su pecho.

Por eso aquella tarde, cuando ella anunció que tenía que irse, Julio sufrió un ataque de angustia contra el que no le valieron de nada las técnicas habituales de defensa.

—No te vayas aún —dijo—, estoy muy angustiado.

Laura recibió la información con una sonrisa cómplice que aligeró la carga dramática dada por Julio a la situación.

—Se te pasará en seguida —respondió involucrando a los ojos en el gesto iniciado por la boca.

Después se levantó y llamó a su hija. Julio permaneció sentado, transmitiendo la impresión de estar abatido. Laura se volvió a él antes de irse.

—¿Vendrás el viernes? —preguntó.

—Creo que sí —respondió él.

## Dos

Al día siguiente Julio amaneció enfermo. La radio-despertador lo liberó de un sueño pegajoso y sofocante con una canción de amor un poco minusválida o deforme, cuyo estribillo había alcanzado un desarrollo excesivo en detrimento de las estrofas, que, irregulares y delgadas, se arrastraban a lo largo de una composición llena de grumos.

Se incorporó con pesar sentándose en el borde de la cama y se entregó a la tos sin pasión y sin resentimiento. Ese día, por otra parte, las convulsiones habituales estaban adornadas con pequeños dolores uniformemente distribuidos por la superficie del pecho. Las articulaciones de su cuerpo enviaban también leves mensajes de aflicción que invitaban al encogimiento. No obstante, Julio se incorporó y caminó despacio hasta el cuarto de baño, donde el espejo le devolvió un rostro envejecido. Al borde del lavabo sufrió otro golpe de tos que le colocó en una situación algo humillante frente a su reflejo.

Tras el estímulo de la ducha, se sintió un poco mejor, por lo que decidió sacar adelante la jornada con la ayuda de algún antigripal. Sin embargo, mientras se afeitaba con una lentitud que no correspondía a día laborable, detectó en la garganta y en el pecho dos focos de dolor desde los que la enfermedad se expandía por el resto del

cuerpo, haciendo estragos en todo su sistema muscular. La breve sensación de bienestar alcanzada en la ducha acabó de esfumarse con el afeitado de la barbilla.

Se dirigió al salón, en uno de cuyos extremos había una pequeñísima cocina empotrada, con idea de prepararse el desayuno. Entre tanto, tragaba saliva una y otra vez para calcular el estado de su garganta.

Estaba mal.

Cuando al fin se sentó con la taza de café entre las manos, sufrió un ataque de sudor a cuya acción vino a sumarse de inmediato una repentina caída del tono vital, un desvalimiento que lo aplastó contra la silla.

Dejó pasar el ataque y encendió un cigarro, cuyo humo arrasó una garganta al rojo vivo. Entonces el canario —desde la jaula que pendía de un clavo, en la pared— consiguió arrancarlo con su canto del interior de un tubo imaginario, compuesto de anillos cartilagosos, por el que había comenzado a deslizarse hacia sí mismo. «Creo que tengo fiebre», dijo en voz alta, dirigiéndose al pájaro, que observó a Julio de perfil con una mirada desprovista de opinión o juicio estimativo. Tal neutralidad, a la luz de la fiebre, le pareció a Julio algo siniestra, por lo que intentó romperla con otra frase igualmente sencilla: «Tal vez no debería ir al trabajo», a la que el pájaro respondió a través del mismo ojo y con idéntica falta de adhesión o rechazo. «Pareces un pájaro pintado», añadió esta vez en voz baja, dominado por un temor supersticioso que otorgaba al canario algún poder sobrenatural.

Tras el segundo café, tomó la decisión de quedarse en la cama, y ello le produjo un escalofrío de placer que fue a concentrarse en aquellos lugares en los que la fiebre parecía actuar con mayor eficacia. Observó su mesa de trabajo,

donde un escritor imaginario (él mismo) rellenaba de cuentos geniales un mazo de cuartillas, y pensó que quizá la fiebre fuera un buen soporte para el desarrollo de tal actividad.

La búsqueda de un tubo de antigripales por diversos rincones de la casa lo tuvo entretenido aún un buen rato, pero no se sentía ya agobiado ni inquieto, pues una vez tomada la decisión de darse de baja podía permitirse el lujo de permanecer enfermo un par de días e incluso de empeorar si el proceso gripal así lo requiriera.

Entregado, pues, a la fiebre como un adolescente a su primera aventura, telefoneó al despacho y habló con su secretaria.

—Rosa, ¿recuerdas que ayer no me encontraba muy bien?

—No.

—Es que no te fijas en mí.

—Es que no sé quién es usted.

—Soy Julio Orgaz.

—Tienes la voz muy tomada.

—Estoy al borde de la muerte.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el pecho y la garganta. Tengo fiebre.

—¿Cuánta?

—No sé; hace dos años estuve enfermo otra vez y se me rompió el termómetro en la ingle.

—¿Tienes aspirinas?

—Couldina, es lo mismo.

—Bueno, anda, llama al médico ahora mismo y méte-te en la cama a sudar. Y pon otra voz, que los hombres cogéis un catarro y parece que os vais a morir.

—Si hay algo importante me llamas.

—Sí, no te preocupes. Creo que podremos sobrevivir sin ti.

—Gracias, Rosa.

—De nada, de nada. Cuídate.

Después revisó la librería y cogió una novela que dos años antes le había regalado una mujer —muerta poco después en un accidente de coche— y que no se había decidido a leer hasta entonces por una especie de sugestión supersticiosa. La fiebre daba a todos sus actos un carácter de irrealidad especialmente apto para enfrentarse a esa lectura. Afuera el día estaba cálido, húmedo y oscuro; pronto empezaría a llover y daba miedo verlo. Se metió con el libro en la cama, sintiéndose feliz. Muy feliz.

Antes de comenzar la lectura tuvo un recuerdo —una ensoñación más bien— dedicado a Laura. A continuación, y como si con ello intentara reparar una injusticia o reponer un equilibrio, evocó también a Teresa, la mujer muerta que le había regalado la novela que se disponía a leer y con la que había mantenido, hasta poco antes de su muerte, una historia común dominada por la pasión, que terminó por las mismas fechas en que Julio cumplía cuarenta años. A esa edad también se había separado de su mujer y había comenzado a sufrir los trastornos que lo llevarían en unos meses más a la consulta del psicoanalista, donde su salario se deshacía en trozos bajo la esperanza de una recomposición interna que a veces parecía posible.

Comenzó a leer, pues, y al llegar al segundo capítulo observó que la novela estaba subrayada. La idea de que los subrayados fueran mensajes de la mujer fallecida, que le llegaban con dos años de retraso, le produjo un sentimiento de culpa que inmediatamente, de forma algo gratuita, se transformó en un estado de paz.

Poco a poco, a medida que pasaba las páginas a la búsqueda de las frases señaladas, advertía un movimiento de ocupación que el interior del apartamento registraba y manifestaba después con señales dudosas, aunque perceptibles. En seguida todo el ambiente —incluidas las oquedades de su pecho— pareció habitado por una presencia calculadora que daba la impresión de actuar con algún fin determinado.

Continuó pasando, sin leer, las hojas del libro hasta alcanzar otro pasaje cuyas oraciones habían sido destacadas con una línea roja, de bolígrafo. El contenido era banal, por lo que Julio lo leyó tres veces en busca de una clave secreta que justificara el subrayado.

En ese instante la ocupación alcanzaba ya a todos los territorios de su ser. Dejó el libro a un lado de la cama y cerró los ojos para hacer frente a esta acometida. Entonces el aire se espesó, algo interno cambió de lugar y, procedente del salón, llegó hasta sus oídos una especie de aleteo acompañado de algunos golpes secos.

Se incorporó aterrado e intentó gritar qué pasa ahí, pero su garganta estaba bloqueada y sólo pudo articular la frase con el pensamiento. Un impulso, en parte voluntario y en parte instintivo, le hizo levantarse y correr hacia la puerta de la habitación. Se asomó al salón y vio la jaula del canario abierta y vacía. El pájaro, asustado, volaba torpemente de un lado a otro, golpeándose con las paredes y estrellándose contra el cristal de la ventana.

Julio recuperó el aliento y esperó a que el animal estuviera lo suficientemente aturdido para cogerlo con facilidad. Al fin lo vio caer en un rincón, donde quedó encajado entre la pared y el lateral de la librería. Se acercó con aprensión y lo atrapó al tercer intento. El corazón del

canario latía al ritmo del terror que expresaban sus ojos. Lo introdujo con cuidado en la jaula, se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada y regresó desfallecido al dormitorio.

En ese instante la ocupación cesó. Las fuerzas que momentos antes parecían invadir el ambiente se retiraron de forma gradual y en el transcurso de unos segundos todo volvió a su ser.

Se metió de nuevo en la cama y guardó el libro en el cajón de la mesilla para no verlo. Cerró los ojos y evocó el rostro de Teresa. Cuando sintió que tenía sus principales rasgos dibujados, éstos sufrieron una leve mutación, un imperceptible cambio en su disposición, y alumbraron el rostro de Laura. Durante un tiempo difícil de medir ambos rostros jugaron a superponerse como si fueran dos apariencias diferentes de la misma persona. Julio recibió atónito, mezclada con el sabor de la fiebre, esta revelación. Tenía cuarenta y dos años y no recordaba haber creído nunca, exceptuando quizá un breve paréntesis adolescente, que los hombres tuvieran más de una existencia; mucho menos que hubiera un orden distinto al conocido desde el que se juzgaran, para bien o para mal, las acciones a las que los seres humanos son empujados por la vida.

Todo ello hasta que, tiempo atrás, conociera a una mujer, llamada Teresa Zagro, de la que se había enamorado con una intensidad desconocida hasta entonces para él. Con ella había compartido algunas tardes de amor en bares clandestinos o en hoteles de cartón-piedra construidos para representar bajo su decorado la trama del afecto: todo era falso en ellos, desde la recepción a la cucaracha del baño.

Fue una época rara en la que la felicidad y la angustia se trenzaban entre sí como las partes de un todo que

llamaban amor. La elocuencia no había sido nunca una de las virtudes de Julio, ni siquiera uno de sus defectos; sin embargo, recordaba haber hablado con notable eficacia durante aquellas tardes que habrían de cambiar su vida.

La presencia oscura de Teresa —porque era una mujer oscura desde los ojos hasta el pelo, sin olvidar la franja intermedia por la que discurren las ideas— estimulaba en él el deseo de establecer conexiones lógicas entre asuntos difíciles de unir sin la colaboración de esa sustancia que segregan los afectos.

Con Teresa Zagro, en fin, Julio daba muestras de un ingenio un poco sorprendente, considerando al menos que sus energías creadoras habían estado dirigidas hasta entonces a alimentar a ese escritor imaginario (él mismo), de cuyo futuro parecía depender su vida. Este ingenio, que en los momentos de mayor exaltación personal llegó a identificar con cierta clase de talento, era seguramente propiedad de Teresa, en quien circulaba por canales subterráneos que afluían en él a través de los mecanismos del amor, y se hacía visible aquellas tardes de plenitud —no todas— de las que guardaba la confusa impresión de haber tenido una experiencia aproximada, un cálculo, un atisbo de relación con lo absoluto.

Ella llegaba frágil, frívola, delgada, con diez minutos de retraso al lugar de la cita. Pero llegaba llena de admiración, de amor, y lo abrazaba con su mirada de tal modo que Julio perdía el interés por las cosas, trasladado como se sentía a un espacio físico sin par, que se llamaba Zagro, aunque también Teresa, desde el que lo cotidiano alcanzaba un grado de irrelevancia tal que a veces no entendía que el tiempo se acabara. La clandestinidad, y la escasez ocasional de recursos económicos, nunca llegaron a crear

situaciones de incomodidad; no estaba su relación contaminada por el carácter menesteroso y ruin de la vida diaria.

Elegían para sus encuentros bares de jubilados o de jóvenes, y en ellos ocurrían milagros; el primero de ellos consistía en la infatigable elocuencia de Julio, que de vez en cuando se detenía unos instantes para saborear su ingenio, dar un trago, y degustar el brillo de los ojos cautivos de Teresa. Pero de vez en cuando, sobre todo, Teresa alzaba su mano —escondida hasta entonces debajo de la mesa— y le ofrecía con los dedos el producto de una secreción enloquecedora, acaecida en las profundidades de su falda, que Julio lamía con actitud contemplativa, en una suerte de arrebato místico.

Su felicidad no era menor en los hoteles, donde las tardes parecían erigirse sobre la suma de diversos instantes sucesivos y eternos. Sobrecogidos por la dicha, penetraban en la pequeña habitación y ocupaban el lugar más alejado de la cama, en el que permanecían de pie, frente a frente, mirándose perplejos, como espantados por la magnitud del deseo que cada uno de los dos recibía del otro. Julio alcanzaba el cuello de Teresa con sus manos y retiraba un poco el borde del holgado jersey para observar sobre su hombro la tira de esa prenda sutil que protegía y valoraba sus asustados pechos. Entonces ingresaban los dos en un dominio sin otras referencias espaciales que sus propios volúmenes. Dotados de una sabiduría que ignoraban poseer, reproducían fuera del pensamiento antiguas fantasías del amor, juegos adolescentes de sumisión gozosa y de calculada crueldad, en los que cada miembro de Teresa se transformaba en un lugar de estímulo, confirmado por sus sollozos y sus súplicas. La explosión solía sorprenderlos en la alfombra y en actitudes imprevistas, que mostraban

la capacidad de los cuerpos para llegar allí donde no alcanza la imaginación, desconcertante enseñanza cuyas consecuencias se resumían para Julio en una suerte de actitud nostálgica frente a la vida que sólo algunas mujeres, ocasionalmente, habían sido capaces de traducir, aunque de forma aproximada.

Sin embargo, el cuadro resultaría incompleto si se negara la existencia de otro ingrediente, la angustia, que se trenzaba con la felicidad para dar lugar al producto al que ambos se referían con el nombre de amor. Porque lo cierto es que ni llegaron a ser dioses, ni lograron crear un espacio lo suficientemente hermético como para evitar la entrada en él de determinadas necesidades a las que nunca pudieron sustraerse del todo. Julio pensó después que lo curioso del amor es que suele erigirse sobre la misma carencia bajo cuyo vacío se desploma al cumplirse su tiempo.

La angustia, que en el principio de la relación solía presentarse en estado puro, añadía a sus felices encuentros ese punto de aflicción o desgarró que precisa toda historia de amor. Así, un día de lluvia, una tarde del mes de octubre en la que habían encontrado refugio en un viejo bar, frecuentado por ancianos de café con leche y vaso de agua, el peso de la atmósfera era tal que la conversación no fluía.

Las palabras de Julio formaban grumos o coágulos que su pensamiento no lograba homogeneizar para conseguir una idea. Entonces comenzó a sentir una opresión en un punto del pecho y supo en seguida que se trataba de un ataque de angustia del que intentó defenderse con los mecanismos que solía utilizar en tales casos. Fijó, pues, la mirada en un punto del bar y se quedó inmóvil, como un reptil al acecho de su presa. De este modo el

ataque comenzó a remitir en intensidad, aunque se extendió en círculos concéntricos hasta alcanzar la periferia de su pecho.

Teresa, que había advertido lo que pasaba, guardó unos segundos de respetuoso silencio y después le propuso que salieran del bar. Llovía mucho, pero era una lluvia templada y con olor a primavera, a pesar de que el otoño se había manifestado ya con alguna dureza. Corrieron hacia el coche de Julio, aparcado en una calle céntrica de los alrededores, y se introdujeron en él mojados y felices. El ruido del agua sobre la carrocería aumentaba la sensación de refugio y soledad que sin duda buscaban. La angustia de Julio, rebajada ya hasta ese punto en que se llega a convertir en una sensación acogedora, los acercaba y unía como suele acercar y unir el fuego a los amantes.

A los pocos minutos, quizá por el efecto de su respiración o del calor de sus cuerpos, advirtieron que las ventanillas del coche se habían empañado por dentro. Estaban aislados y la intensidad de la lluvia, felizmente, iba en aumento. Comenzaron a besarse, a reconocerse, a través del tacto de la lengua y los labios. Teresa llevaba un jersey fino y algo desbocado en la zona del cuello, lo que permitió a Julio jugar a ver sus hombros, divididos por la delgada línea de su ropa interior. Sus manos actuaban con una sabiduría inconcebible a medida que las de Teresa iban perdiendo fuerza a lo largo de un lento proceso en el que él observaba con avaricia cómo ella se hundía en una situación de agitada pasividad con la que devolvía, multiplicado por mil, el placer que parecía recibir de Julio. Y entonces, en el momento mismo de una de las numerosas explosiones de Teresa, se miraron a los ojos y Julio vio en los de ella una señal de angustia, que mezcló con la suya para

añadir a la situación el grado de sufrimiento que todo gozo absoluto suele reclamar.

Sucedió ese día algo un poco extraño, y es que cuando ya no podían más y Julio abatió el asiento para penetrarla, la oyó decir entre gemidos: «He visto un hombre raro».

Julio miró en seguida hacia las ventanillas, pero a través de los cristales empañados no se veía otra cosa que las gruesas, aunque difuminadas, gotas de agua que contribuían a hacerlos aún más invisibles. Por la acera de enfrente pasó en ese momento una sombra protegida por la forma difusa y grande de un paraguas. Supuso, pues, que Teresa se refería a otro momento del día, o que —enajenada como estaba— no se dirigía a él en esos instantes. Lo cierto es que la frase quedó grabada en la conciencia de Julio como la perfecta expresión de ese acoso indeterminado que padecen todos los adúlteros.

Así pues, la angustia no atenuaba su dicha; la reforzaba más bien o incluso la hacía posible hasta el punto de que Julio no podía imaginar aquella historia sino como el efecto de una carencia, cuya manifestación más elocuente consistía en ese grado controlable de desasosiego.

Pasado el tiempo, sin embargo, el sentimiento de culpa penetró en la angustia, se confundió con ella, se hermanaron, y comenzó una lenta erosión que ambos detectaron en silencio. Así, un día en el que Julio intentaba perder el juicio en los alrededores del cuello de Teresa, ella, súbitamente, dijo: «No me dejes señales, por favor». La observación, eficaz en cuanto que frenó el impulso, carecía de sentido, porque Julio había sido siempre muy cuidadoso con esos aspectos que, lejos de actuar como limitaciones, añadían un punto de excitación a sus maniobras. El amor

era, desde su punto de vista, la representación de antiguas fantasías y, en consecuencia, la violencia que se ejercitaba en él tenía que ajustarse a las mismas leyes por las que han de regirse los actores. Por otra parte, pensaba que quien deja señales de sí mismo sobre la piel de una mujer casada, lo que persigue es lanzar una afrenta a su marido, o competir con él, actitud que Julio detestaba, pues en su opinión el amante debería saber que lleva siempre un cuerpo de ventaja, y que no es lícito añadir a ese privilegio la miseria de su publicidad.

En este punto, que marcaba un deterioro perceptible, aunque todavía fácil de negar, también Julio contribuyó con su actitud a provocar algunos desencuentros. Un día decidieron ir juntos al cine con el objeto no expresado de airear un poco su relación, que hasta entonces no había conocido otros decorados que los de los bares y los hoteles clandestinos. Eligieron un cine muy céntrico porque a Teresa le gustó el título de la película que ponían en él. Julio se encargó de sacar las entradas con dos días de antelación y le hizo llegar la suya a Teresa, pues habían pensado que por razones de seguridad no convenía que acudieran juntos. Quedaron en encontrarse dentro del cine y cuando las luces de la sala se hubieran apagado ya.

Julio llegó con diez minutos de retraso y el acomodador lo acompañó hasta su butaca. Teresa no estaba en su sitio todavía. Intentó concentrarse en la película, pero en seguida comenzó a pensar que habían quedado en un lugar excesivamente público. El cine estaba lleno y la única butaca libre de su fila era la de Teresa, situada a su izquierda. Comenzó entonces a investigar disimuladamente los rostros de su zona, pero no veía más que oscuros perfiles a los que su imaginación, dominada por el sentimiento de

culpa, atribuía alternativamente los rasgos de tal o cual persona conocida. Entre tanto, los minutos pasaban, Teresa no aparecía, y su ausencia comenzaba a crecer de un modo escandaloso. En aquellos momentos de oscuridad y silencio comenzó a sentir que la butaca vacía era la prueba más palpable de su infidelidad, por lo que conjuró el error de la cita realizando dos o tres actos supersticiosos con los dedos. Entonces advirtió un movimiento en la fila, a su izquierda, y vio una sombra que avanzaba con dificultades hacia él por entre la empalizada de las piernas. La sombra se sentó a su lado, pero ninguno de los dos se volvió hacia el otro en busca de un gesto de reconocimiento.

Pasados unos minutos, Julio se tranquilizó y, sin despegar la vista de la pantalla, comenzó a rozar con el codo a su vecina, que respondió a la provocación con una suerte de pasividad prometedora. Por un momento alumbró la fantasía de que no se trataba de Teresa, sino de una amiga suya o de otra mujer enviada a él como un regalo. La idea le excitó, haciéndole olvidar de inmediato todas las aprensiones anteriores, con lo que al poco se encontraba ya dando gusto a sus manos y a sus dedos, hábilmente camuflados bajo el peso de la gabardina. Mientras tanto, pensaba que todo adúltero está expuesto a padecer tal clase de reduplicación, pues cuando una relación ilícita comienza a institucionalizarse surge la enfermiza necesidad de ser desleal también respecto a esa relación. «La vida es eso —dijo despegando los labios sin emitir ningún sonido—, una loca carrera hacia un objeto que siempre queda más allá; en ocasiones, más allá de la muerte.»

El caso es que ya había conseguido levantar el vuelo de su falda hasta la cintura, mientras ella colocaba la mano derecha en la zona más quebradiza de su cuerpo,

cuando un acontecimiento indeterminado (el olor de un perfume, algo sucedido en la pantalla, o un movimiento de algún espectador cercano) lo devolvió bruscamente a la realidad, a la angustia, al sentimiento de persecución. Comenzó a retirar sus manos y a separar su cuerpo del de Teresa, quien —quizá decepcionada por este cambio brusco en el comportamiento de su compañero— se levantó y se fue sin decir nada para vergüenza y alivio de Julio.

Pasó algún tiempo sin que ninguno de los dos intentara localizar al otro. Finalmente, Julio le telefoneó un día a su trabajo y quedaron en verse por la tarde. El encuentro fue tenso y desigual. Julio le confesó en seguida que se había separado de su mujer, y eso le colocó en una situación de desventaja, pues el mensaje que parecía circular por debajo de tal información era de desamparo y soledad más que de libertad o independencia.

—¿Por qué os habéis separado? —preguntó ella.

—Bueno —dijo Julio—, fue una iniciativa suya. En realidad lo venía diciendo desde hacía algún tiempo, pero mientras tú y yo nos veíamos conseguí frenar el impulso. Sin embargo, a partir de nuestra ruptura, el matrimonio dejó de tener sentido para mí.

—El adulterio es la base de la familia —dijo Teresa con cierta crueldad.

Julio sintió que había perdido su elocuencia y que el contacto con Teresa ya no producía esa sustancia de la que en otro tiempo se había alimentado su ingenio. Por otra parte, advertía en el comportamiento de la mujer un reproche no manifiesto que al llegar a él se traducía en culpa y en nostalgia; culpa de haber permitido —y fomentado quizá— el deterioro que los condujo al fin, y nostalgia de aquellas tardes irrepetibles en torno a las cuáles habían

girado las semanas. Se despidieron con alguna dificultad, sin haber llegado a besarse. Julio pretendió imprimir cierto dramatismo a estos momentos finales. Dijo:

—Me gustaría conservar alguna cosa tuya.

Teresa sonrió con ironía y sacó del bolso un libro.

—Toma —respondió—, es una novela. Me faltaba por leer el último capítulo, pero creo que ya no me interesa.

Julio llegó a su apartamento, colocó la novela en la librería, encendió la televisión y se sentó a esperar que pasara la vida.

A los pocos meses recibió una llamada telefónica de una mujer que dijo ser amiga de Teresa. Lo citó en un bar céntrico y le dijo:

—Teresa ha muerto.

—¿Qué dices? —preguntó él desconcertado.

La mujer le explicó que Teresa se veía en los últimos tiempos con un hombre con quien solía emborracharse.

—La semana pasada —añadió— volvían de un hotel de las afueras y se les fue el coche en una curva. El marido de Teresa nos pidió a los amigos más íntimos que no avisáramos a nadie para el entierro. Yo conocía tu existencia porque ella me había hablado mucho de ti. Me pareció que debías saberlo.

—Gracias —dijo Julio—. ¿Y él?

—¿Quién?

—El que viajaba con ella.

—Está hospitalizado con todo el cuerpo roto, pero parece que saldrá adelante.

—¿Tienes su teléfono o dirección?

—Creo que sí. Espera.

La mujer hurgó en su bolso y sacó una agenda. Apuntó una dirección en un papel y se lo pasó a Julio que,

una vez que lo tuvo en la mano, no supo para qué se lo había pedido. Se lo guardó de todos modos y añadió una última pregunta.

—¿Quién llevaba el coche?

—Él.

Salió del bar agotado, como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Hacía frío y el suelo estaba sucio. Caminó hacia su coche, situado en un aparcamiento cercano, con la impresión de haber asistido al último acontecimiento importante de su vida afectiva. Enumeró de memoria, y por orden cronológico, las renunciaciones personales a las que había asistido en sus cuarenta años de existencia y se sintió muy débil y muy frágil, y le entraron unas ganas insoportables de llorar. Pero logró contenerse.

Un parado se le acercó en un semáforo y le pidió un cigarro. Julio mantuvo la mirada fija en el parabrisas mientras lo mandaba a la mierda. Entonces comenzó a oír, como si vinieran de lejos, los primeros compases de «La Internacional». La música se fue acercando, pero Julio no conseguía ver de dónde procedía. El volumen llegó a alcanzar un punto excesivo, como si las voces y los instrumentos estuvieran escondidos en algún lugar del interior del coche. Volvió la cabeza a uno y otro lado y en ese instante cesó el sonido.

Durante las semanas siguientes estuvo a punto de enloquecer. Actuaba como si le hubieran descubierto una enfermedad mortal y sus días estuvieran contados. Tomó algunas disposiciones de cara al reparto de sus escasos bienes y escribió a su hijo una larga e insensata carta, que depositó en la notaría, para que se la hicieran llegar al cumplir los dieciocho años.

Solía despertarse por la noche con los ojos hundidos y la garganta seca y con el pecho oprimido por un nudo de

angustia. Una sensación de enorme fragilidad se apoderó de todo su ser. Le parecía milagroso atravesar dos calles sin haber sido fulminado por la enfermedad o sobrevivir a las terribles tardes de los domingos sin que el dolor de su pecho se resolviera en una explosión definitiva.

Entre tanto, los compases de «La Internacional» parecían haberse refugiado entre los pliegues de su cerebro, donde permanecían dormidos hasta que en el momento menos oportuno despertaban, haciendo caminar a Julio, que asistía al espectáculo con los ojos desorbitados, tras de antiguas banderas y olvidados impulsos.

Pronto comprendió que no se iba a morir o al menos que no iba a ser enterrado, porque los síntomas que anunciaban su fin no tenían las trazas de resolverse en un cadáver. Por el contrario, advirtió que estaba falleciendo para convertirse en otro, y que ese otro usurparía su cuerpo y su trabajo, habitaría su apartamento y adquiriría sus mismos gustos personales.

Conoció la verdad sobre este hecho de forma gradual y alcanzó a comprenderlo en ese punto central de la metamorfosis en el que —sin haber dejado de ser el anterior— ya se anunciaban algunos caracteres del otro. Cuando calculó que el proceso había llegado a su fin, fue al notario y anuló todas las disposiciones que había tomado al comienzo de la transformación. Luego cambió el lugar de algunos muebles en el apartamento e imprimió a su trabajo un ritmo diferente —más eficaz, pero también más frío—, que le valió un ascenso en pocos meses.

Posteriormente tuvo una crisis no esperada que afectó seriamente a su estómago y a su cabeza y que lo condujo, a través del consejo de un médico, a la consulta del psicoanalista. Gracias a esto también había conocido

a Laura. De modo que las cosas parecían engarzarse con cierto sentido o, al menos, dirigidas a un fin que ponía en relación diferentes fragmentos de su vida.

Ahora, mientras las últimas señales de la ocupación de que había sido objeto se evaporaban, y el pájaro dejaba de moverse nerviosamente en la jaula, Julio se entretenía en superponer y confrontar los rostros y los cuerpos de Teresa y de Laura. Curiosamente, cuanto más diferentes parecían, mayor era el grado de esa rara unidad que momentos antes le había sido revelada. Estoy enamorado, pensó, y ahora sé que la primera vez que vi a Laura me produjo la impresión de que procedía del otro lado de las cosas.

Después cerró los ojos, se encogió un poco más sobre sí mismo y se durmió invadido por la fiebre y excitado por el recuerdo de la mujer del parque.